

leso de las sultanas, mañana á fin de celebrar sus triunfos. Poco es ya lo que nos queda de las paredes del palacio (1); pero se conservan sus jardines, sus estanques, sus bullentes aguas, sus cipreses seculares, sus sombríos bosques y sus inmensas perspectivas que abrazan la Alhambra, la Ciudad, la Vega. Todo sonríe allí todavía: no bien se atraviesa sus umbrales, cuando uno de sus jardines embarga ya los sentidos con sus cuadros de arrayán matizados de flores, con su pequeña glorieta central, sobre la que se enlazan las alabeadas cúspides de los cipreses, con las aguas que lo cruzan del uno al otro extremo y pasan por debajo de ese mismo cenador entre orillas que tapiza el musgo, con su hermosa galería de arcos dentellados bajo cuyas techumbres ataraceadas existe todavía aunque callada una de sus antiguas fuentes, con su pórtico meridional ya muy restaurado que conduce   una modesta capilla bajo cuya bóveda greco-romana se exhala la oración del cristiano en alas de brisas suavemente perfumadas. Vese en el fondo de la galería una portada compuesta de tres arcos bellamente esculpidos, apoyados en los capiteles estalact ticos de dos columnas de mármol. Los recuadros son cintas de caracteres africanos; las enjutas de los arcos laterales, dobles calados de estuco; las del arco central, un tejido de hojas caprichosas; las ventanas abiertas sobre ellos, hermosos lienzos del más delicado encaje; todo tan bello, aunque bárbaramente jalbegado, que llega uno   pasarla con inquietud, con el temor de no encontrar salas que mantengan la ilusión y llenen las esperanzas que despierta esa página del arte. Dase primero con un corredor cuyo techo descansa sobre una cornisa estalact tica; luégo, por otros tres arcos de bellas enjutas, con un salón cuadrado   que da luz una línea de ventanas abiertas al rededor del muro. Sala y corredor son también mag-

(1) Durante el siglo xvi y el xvii fueron muchas las restauraciones hechas en este palacio: en los libros de Contaduría del Archivo he encontrado una porción de partidas para reparo ya de las cañerías de sus fuentes, ya de las paredes de sus salas.

n ıficos: orlas de caracteres africanos, letras c uficas, nexos cubren casi por entero la superficie de las paredes; hojas y flores, los recuadros de los arcos; florones, entrelazos y estrellas, los techos de madera, enriquecidos un día con el marfil y el nácar. Intrados y paramentos de arcos, cornisas, frisos, ménsulas, puertas, ajimeces, todo está lleno de molduras delicadamente cinceladas, todo respira aún la frescura del arte árabe, todo guarda aún armonía con los jardines que sirven de alfombra   tan opulento alcázar.

Bello, muy bello es aún Generalife. Tiene   los lados de esta sala gabinetes modernos en que sólo llaman la atención los retratos de los príncipes que gobernaron la España desde fines del siglo xv hasta principios del xviii, y los del linaje de los Venegas,   quienes concedieron los Reyes Católicos la alcaldía perpetua del palacio (1); mas no por esto disipa sino momentáneamente las ilusiones del viajero, que no bien entra en el segundo jardín, cuando vuelve á creerse transportado   uno de esos países mágicos en que la fantasía más que la naturaleza ha derramado   manos llenas sus encantos. Animan este segundo jardín cuadros de mirto de cuyo centro brota la encarnada adelfa, bellos tapices de flores, fuentes, estrechas acequias que circuyen como una cinta de plata todo el patio, y hacia el occidente dos líneas de cipreses que encubren una deliciosa vereda bajo la sombra de sus ramajes. Todo inspira en él deleite, la flor, la yerba, el susurro del viento, el murmullo del agua que salta en variados chorros, y, herida por los rayos del sol, se desliza como una lluvia de alj far por los bordes de las fuentes. Se respira allí libremente; y sólo después de haber observado por cien veces hasta sus menores detalles, se piensa en dejarlo y en subir la cuesta que hacia el oriente conduce   una de las más bellas galerías,   la de los laureles. Tr epase por la cuesta hasta con disgusto; mas no bien se llega á la galería,  qu ın podr a

(1) Esos Venegas son hoy los marqueses de Campotejar, que sólo por haber hecho los reyes esta concesión   sus antecesores, pretenden ser plenos propietarios del palacio.

explicar la ilusión que se concibe ni el placer que se siente? Se está al pié de una escalera en cuya cima blanquea un pequeño edificio moderno casi oculto entre las hojas de los árboles. Bulle



ALHAMBRA. — CASCADA EN SUS ALREDEDORES

donde quiera el agua: cada repecho de la escalera es una fuente; cada pasamano, una cascada. Alzanse á un lado bosques de laureles; extiéndense al otro deliciosas huertas; crece en todas partes una vegetación rica y lozana. Nada cabe ya más poético, nada más seductor, nada que excite más la imaginación, nada

que nos hable mejor de esos amores caballerescos y entusiastas tan decantados por los poetas árabes. En una noche serena, en una de esas noches de verano en que el cielo conserva su color azul, las frescas brisas apenas se atreven á suspirar entre las flores, todo está en calma y casi todo yace en silencio; ¿quién podría dejar de ver allí con los ojos de su fantasía á algún cuidado moro contando los tormentos de su alma á la que fué por mucho tiempo, aunque en secreto, el blanco de sus amores? Chispean las estrellas entre las ramas de los árboles, y quizá compara con ellas los ojos de su amada; platea las aguas la luz de la menguante luna, y está acaso cotejando con ellas la frente de la que es su hurí en la tierra; corre entre los dos el aura bañada en el aroma que despiden los jardines, y pone tal vez en parangón con ella el dulce aliento de la que mira ya como su edén y ama ya como su cielo. Dícese que un día un gallardo abencerraje se atrevió á requerir de amores á la esposa de su rey en esos mismos jardines, al pié de uno de esos árboles, á la sombra de una de esas noches hermosas y tranquilas; dícese que ella lloró, que suspiraron los dos amantes y maldijeron su destino; dícese que los sorprendió un zegrí, y ahogó el rey en sangre la pasión del enamorado mancebo: ¿puede imaginarse lugar más digno de tan triste escena? La historia desmiente la tradición; mas ¿quién puede dejar de creerla en esos jardines tan bellos como solitarios (1)?

Descúbrese desde la cima de Generalife á la derecha el Albaycín, bajo cuyas huertas y nopales murmuran las aguas del Darro á la sombra de las más frondosas alamedas; á la izquierda la Alhambra, con su diadema de muros y torreones, sus patios, sus bosques, sus despeñaderos; en frente la ciudad alzan-

(1) Hago alusión á los supuestos amores de Abenamet y Zoraida, sobre los cuales se ha escrito tantos dramas, novelas y leyendas. No hago sino mentar esas tradiciones que tanto embellecen estos palacios por ser ya tan repetidas y haber sido tratadas ya con tanta poesía por Ginés Pérez de Hita, Washington Irving, Soler y Fernández Gonzalez, que es, á mi modo de ver, el que más ha sabido darles colorido oriental en su *Allah Akbar* y en sus *Noches de la Alhambra*.

do al cielo las pintorescas torres de sus templos; detrás de la ciudad la Vega con sus campos, sus arroyos, sus cármenes y esa muchedumbre de pueblos que fueron testigos de tantos hechos de armas durante la conquista; más allá de la Vega las altísimas sierras que sirven á Granada de cerca y de corona: la de Pinos Puente, la de Elvira, la de Moclín, que lleva aún sobre su cumbre su antigua fortaleza; los tres picos de Atarfe, recuerdo de un sangriento desafío; la de Loja, que termina hacia el mediodía en el Padul, allí donde suspiró el último rey moro; la de Alhama, donde está la ciudad tan llorada de los árabes; la de Dilar, llena de majestad y grandeza; la Nevada, sobre cuyas eternas nieves se destacan tan bellamente las arboledas que cubren las colinas en que la ciudad está sentada. Domínase todo sobre tan alta cima; y al contemplar tan inmenso panorama, apenas puede uno dejar de comprender por qué adquirió Granada tanto interés cuando cayeron Córdoba y Sevilla, ni dejar de encarecer el gusto de los reyes nazaritas, ni dejar de querer esos lugares deleitosos cuya hermosura realzan á porfía el arte y la naturaleza. No es posible que se aparte de ellos sin dolor el viajero que siente: los deja y suspira ya por otros monumentos árabes donde pueda admirar otras bellezas. Mas ¿dónde los ha de encontrar después de haber recorrido estos palacios? ¿Visitará la Alcaicería, pasaje enteramente morisco y hoy casi desierto? ¿Qué es la Alcaicería sino una reproducción moderna de los capiteles, los arcos y las minuciosas labores de la Alhambra (1)? No queda ya sino otra clase de monumentos donde quepa fijar aún con placer nuestras miradas. Artista que hasta ahora me seguiste, no cierres tu álbum, consagra siquiera un recuerdo á los aljibes del Albaycín en que verás reflejarse todavía la mano de los árabes. Son páginas humildes del arte musulmán; pero encierran tanta poesía... Aparecen sus sencillas por-

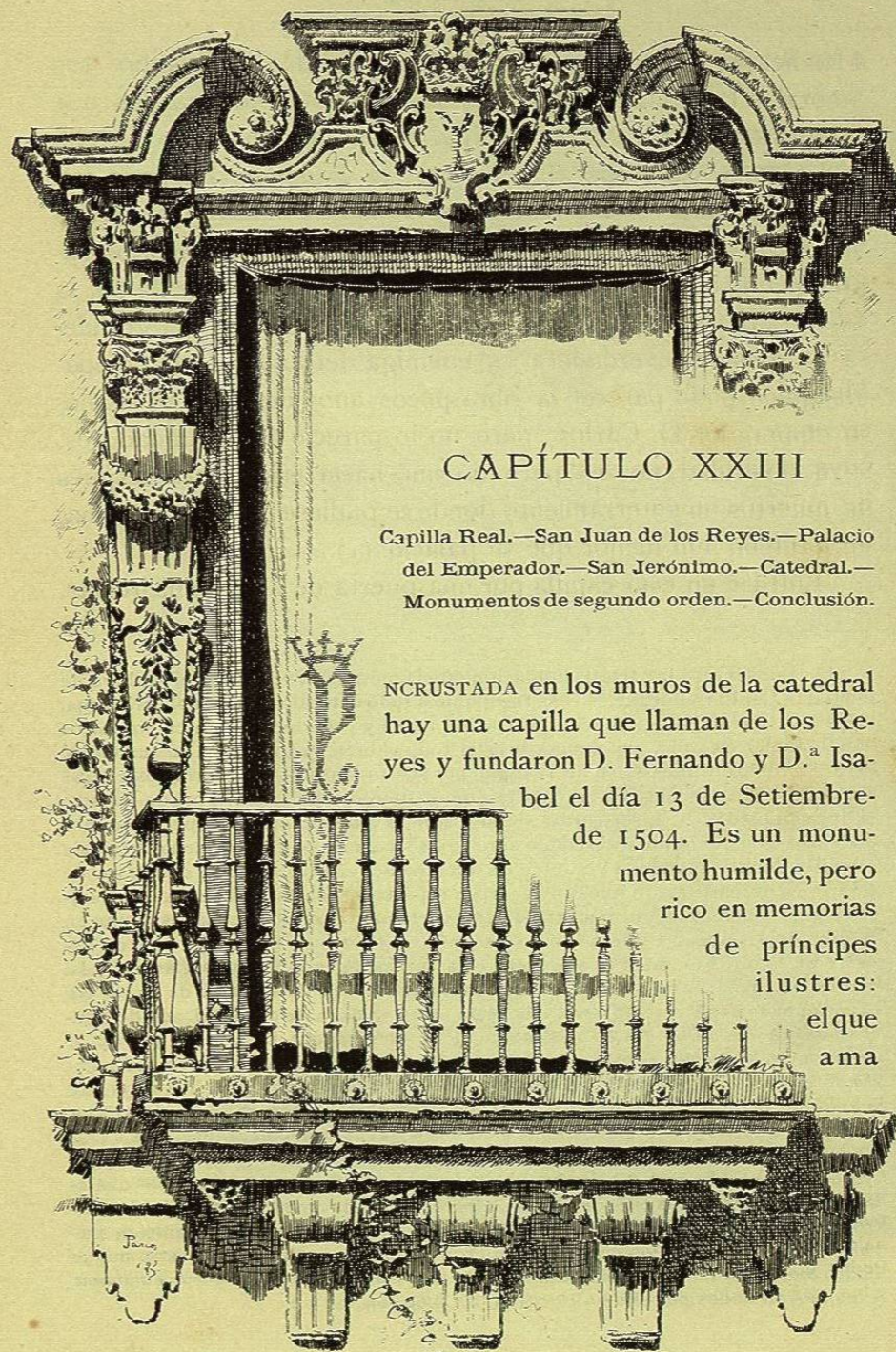
(1) La obra antigua de este mercado de sedas y otros efectos de lujo pereció en el horrible incendio del 20 de Julio de 1843. Sobre sus ruinas se levantó la obra moderna, trabajada toda según el gusto árabe del Alcázar.



JARDINES DEL GENERALIFE

tadas de ladrillo entre las oscuras paredes de calles estrechas y tortuosas; una bóveda de cañón seguido, algo inclinada, continúa la archivolta de su elegante arco de herradura; está el agua en el fondo; y es difícil ver allí sin conmoverse á una gentil doncella junto al antepecho del aljibe para llenar una de esas cántaras que imitan aún tanto las ánforas antiguas. Vese todavía en ellos el Oriente; recuérdase aún en ellos esas costumbres patriarcales que nos transmitieron los libros de la Biblia; viven todavía en ellos esos idilios llenos de paz y de frescura que ha sabido producir la pluma de Gessner y de Goethe. Bájase á ellos por una ó más gradas; y la humedad, la profundidad, su forma de gruta, todo contribuye á hacerlo más interesante á nuestros ojos. Cuando un pueblo tiene una arquitectura propia, espontánea, hija de su vida interior, sabe comunicar su carácter hasta á sus obras más insignificantes y darles el mismo interés que á los más grandiosos monumentos: he aquí por qué lo tienen para todo artista estos aljibes.

Mas es hora ya de que cerremos este capítulo sobre los restos monumentales de los árabes. Derribaron sus vencedores las mezquitas; pero sólo para construir sobre ellas templos en que brillan aún los últimos fuegos del goticismo, estilo más grande, más severo y más original que el de los moros: destruyeron parte de los alcázares; pero sólo para erigir sobre sus ruinas palacios que, aunque pesados y prosáicos, tienen toda la majestad del imperio de Carlos V y están enriquecidos con magníficas y vigorosas esculturas del renacimiento. Veremos en estas fábricas el estilo gótico y aun el greco-romano en su período de decadencia: ¿debe esta circunstancia retraernos de fijar en ellos los ojos? Á un período de decadencia pertenecen también esos patios y salones del Generalife y de la Alhambra, en que acabamos de descubrir tantas bellezas. Hay períodos de decadencia que no dejan de tener hermosas páginas: hay períodos de decadencia en que el arte pinta con vivos colores su horizonte como el sol al hundirse en el ocaso.



CAPÍTULO XXIII

Capilla Real.—San Juan de los Reyes.—Palacio del Emperador.—San Jerónimo.—Catedral.—Monumentos de segundo orden.—Conclusión.

INCrustada en los muros de la catedral hay una capilla que llaman de los Reyes y fundaron D. Fernando y D.^a Isabel el día 13 de Setiembre de 1504. Es un monumento humilde, pero rico en memorias de príncipes ilustres: elque ama